

DE MI MOLINO

EGAN se honra hoy publicando estas pinceladas literarias del ilustre pintor D. Fernando de América que escribe como pinta, recogiendo los colores del campo, reflejados en el espejo de su paleta y dejándolos amorosamente en el lienzo, morosidad que no resta garbo ni brío. Pero esta estampa tiene además sobre su gracia cromática, intensa emoción de leyenda becqueriana.

El “molino de Daudet”, donde escribió maravillosamente, era tónico por sus pinos de verdes agrios entre rocas grises; almendros sin vigor, —culpa de las sequías de la Camarga—, con ramilletes de flores ingravidas, rosadas de aroma sutil, que deshoja la brisa de marzo... “El mío”, donde pinté modestos paisajes, es sedativo con orlas de álamos, olmos y nogales, y sauces plateados; todas sus hojas, que mueve la fresca del cierzo, otoño torna en oro hasta que las arrancan los vendavales...

En “mi molino” no chirrían vibrando desenfrenadamente y monótonas las cigarras, eficaces soporíferos para sestear, ni se deslizan muchas lagartijas por las paredes agrietadas...; en sus praderas verdes y húmedas, cuando son días de invasión, parecen las diminutas, incontables ranas de Santa Catalina salpicaduras de malaquita.

Al calor de “mi molino” no llegan almendros, tomillos ni romero, sólo brezos en las alturas, el orégano y el espliego en los cerros, nenúfares en el río, y “chiviritas” y botones de oro en sus riberas.

El “molino de Daudet” era de viento y perfumado; el “mío” de agua verde oliva y espumas blancas; al de Daudet le cubría en verano y primavera sol cegador que al ocaso incendiaba las cimas de las colinas; al “mío” niebla mañanera arrastrando sus jirones por encima del Zadorra y sobre juncos y hierbas mojadas. El Sol, a media tarde, se sumergía ya en la bruma cerrada del viento salinero...

Con el terreno ocre seco, paisaje ardiente, “del de Daudet” no quiero cambiar “el mío”, prados frescos y sedeños.

En "su molino" escribió Daudet, hermosa y regaladamente, páginas inmortales...

En "el mío" pierdo cuartillas mezquinas...

Por ello fueron opuestos.

La familia del molino de Daudet, señores con buen vivir, ilustrados... y le querían; la familia del "mío", hombres muy pobres, rudos... y también me quisieron...

En esto eran iguales...

* * *

Donde se asienta la verdinegra sierra de Badaya, que el sol poniente recorta para la llanada de Alava en silueta de geológico cetáceo y se estrella la terquedad milenaria del río de las cien corrientes, del Zadorra, al querer atravesarla; donde la montaña humilla al río y le obliga por la fuerza a doblar su curso, murmurando y espumajeando con rabia, y a dibujar una herradura enfosada por los acantilados de caliza azul, desde cuyas alturas asoman los chaparros, robles y azcarrios, como para ver si la luz de los amaneceres y ocasos la dora, la platea, o le da matices de acero bruñido... allí está el molino de Axpea.

Molino pobrísimo. Resto de riqueza de frailes, conserva sus estrechas ventanillas góticas que las hiedras quieren alcanzar. Bambalinas de telarañas lo decoran por dentro, en su altura, y en su aspecto de capilla abandonada hace tiempo para cobijar las primitivas máquinas de moler. Tiene la barrera y la cortina de espuma de su presa, hasta la otra orilla; al lado opuesto tiene la entrada, único paso al exterior, por el puentecillo sobre el "calce", que arranca de la puerta ojival; forman el suelo del puente troncos y tierra apelmazada apoyados en restos de paredones, y bajo sus pretiles de ramas secas, entrelazadas y mal sujetas por algún clavo, han crecido espon táneas, entre las anchas grietas de los muros, materas y zarzormas que todo lo envuelven, y prestan más resistencia y adorno rústico a esta obra de ingeniería aldeana.

La casa de los molineros está por ese lado, enfrente, a veinte pasos, un poco en alto para poder huir por las heredades traseras, en caso de inundación. En ella descansan, comen y duermen.

* * *

Al Molinero —así le llama siempre su mujer— bajo, demacrado, buen hombre, trabajador infatigable, las pulmonías sin cuento que tuvo de joven en otro molino le han dejado, a los cincuenta años,

con poca carne; la cara avellanada, más se adivina que se ve, por debajo de abundantísimos y largos mechones de pelo y entre los de su tupida barba, que sube hasta los ojos. Riqueza capilográfica, a trozos muy negra y a trozos blanqueada, no se sabe si por los años o por la harina. Una colilla de cigarro siempre asoma en medio de estos matorrales, fuego sagrado que enrojece sus alrededores. Le ha nacido una boina oscura en el cogote, forma parte de su organismo; el quitársela sería extirpación con cloroformo.

Entendido en su oficio, tiene orgullo de su saber; no se asusta por discutirlo con un “ingeniero”; pero en las demás ciencias y artes se pasa de discreto; generaliza su máxima —ejemplo, digna de un filósofo enharinado: “Cuando insultan a un torero en las “toradas” de Vitoria, yo no le grito, no le silbo, no me enfado, porque por mal que toree, yo no sabría hacer lo que él hace”.

* * *

La Molinera —no le llama por otro nombre su marido— cuarentona, alta, colorada, fuerte, derecha, de vientre levantado, cuello ancho, es aldeana fina, limpia y laboriosa. Sospecha, halagada, que es de aristocrática estirpe... Tiene decidida vocación de cariátide, porque cuando por “casualidad” no lleva sobre la cabeza pequeña, tocada y ceñida con un pañuelo de colores, un escriño con mucho peso de grano, la mueve un temblorcillo constante como si su cuello fuese de muelles.

Sabe la ciencia de hierbas en beneficio de personas y ganados; el caldo de aceitunas, la carrasquilla, los caracoles, son poderosos “específicos”, en los que cree firmemente y no los cambiaría por una botica entera. Los administra a todo el reino animal de su alcance, porque lo que ella dice: “el hombre, apartando el alma, es un “güey...”, feliz armonía entre la Ciencia y la Fe...

* * *

Vive con ellos Berta, su nieta, chiquilla de doce años, delgadísima, cetrina, ojos verdes como las aguas del río en días de sol. Se ha criado aislada, el pueblo está lejos; desde que pudo andar lavaba y antes de dar los primeros pasos trepó por los sáuces centenarios, huecos de tronco, que muy inclinados avanzan sobre el agua, que les va atrayendo poco a poco y sólo les sostiene la corteza... Y no tiene miedo a caerse porque en su vida anfibia, de chica y de muchacho, sabe nadar, sin que la corta y delgada saya que viste le estorbe. Ni

teme enredarse en las calabazas, o zapalotas, palabras con las que disfrazan los de la Llanada la poética, que ignoran, de nenúfares.

Sensible, buena, quiere a sus abuelos; no recuerda de su madre y su padre...

Ayuda a los molineros con toda la energía de su cuerpecillo flaco y de su alma fuerte.

Aprende a picar la piedra de moler, y cuando se sienta sobre ella, en el espacio del ángulo que dejan sus piernecillas tendidas, tostadas por el sol, y a la luz de las ventanas góticas, de un boquete abierto en el tejado por las tejas mal unidas, o de una candileja de petróleo, la labra como le ha enseñado su abuelo, renovando los sabios cruzados y espigados que muerden el grano, con la "bujarda" que maneja con destreza, y al compás de sus choques metálicos y alegres. Callada, levanta la cabecita y sonríe al oír lo que le dice el pintor que "hace" paisajes: —Berta, tú siempre en tus puntillas...

* * *

Era una noche tan serena... de templanza de otoño... Al pasar la Muerte por aquel placentero rincón del Mundo tuvo la desgana del trabajo. Acortó el paso. Por fin se detuvo para contemplar el contraste y belleza del paisaje: las partes de sombra intensa que proyectaban los acantilados en masa y los claros de luna, que serían más ideales si tanto poeta no los hubiese resobado. Acabó por tenderse en la alfombra verde y dijo para su guadaña: ¡La verdad, es hermosa la vida! Pasó un largo rato admirando los olmos seculares con el entramado de sus altas copas que se bifurcan en tracerías de ramaje; en bordados de hojas destacados por oscuros del cielo y que dejan huecos donde brillan las estrellas. Las proyecciones de los árboles los repetían en filigranas sobre el césped de la orilla del río; hasta las flores de los constelaciones de cólchicos querían copiar las del firmamento iluminadas.

Muy a disgusto se levantó perezosamente y replegando su manto blanco: "No tengo más remedio que seguir, —dijo—. Adelante, adelante..."

No pasaba hacía muchos años por allí, o si pasó fué de prisa, con mala noche, azotada por el regañón de diciembre; sin fijarse en la casa aislada de los molineros del otro lado de la corriente, ahora en su aspecto de guardadora de felicidad, porque en la pared roñosa con grietas, mal blanqueada, al iluminarle de frente la Luna llena, todas las prosas, todas las impurezas de lo real desaparecen.

“Voy a ver...” —y el obstáculo de la presa le pareció un aliciente. El agua desbordando con poco grueso, estaba tibia; era una voluptuosidad andar sobre una lámina de cristal transparente deshaciéndose en hebras. Remangado el manto, al hombro la guadaña, empezó a pasarla, pero a los pocos metros pisó sobre las algas pegadas a las piedras desiguales y lisas, y resbaló y cayó. A punto de caer, rompió la serenidad de la noche, el choque estridente de los huesos con la esquina de una piedra, y el chirrido de la guadaña, que rozó violentamente con otra, rasgó, rubricó la firma de un terrible juramento de Muerte irritada... Si alguien lo hubiese oído, ¡qué dentaría mortal! —¡me la han de pagar!... Terca, con más precauciones, entró cojeando en la casa. En otra ocasión, sin el vivo dolor del calcáneo, hubiese acabado pronto su labor ¡entonces no! —tiene que sufrir —dijo— y vengativa apoyó suavemente el índice seco en la sien del molinero. A éste le asusta entre sueños un ruido de rotura de vajilla, angustiado despierta unos segundos y cae en dulce sopor.

El molinero no se levanta, como siempre, al rayar el día. Fué a su cuarto la molinera y en seguida dióse cuenta de la desgracia... ;“Diagnóstico”? un “paralís”. Puso a contribución su “sabiduría” y su fortaleza: toda su alma. Con mayor temblor en la testa llamó a Berta, que nerviosa va y viene, con la ansiedad y las lágrimas en sus ojos claros, y le ayuda a manejar toda su farmacopea: mostaza, aceitunas, carrasquilla, agua caliente...

Continuados estos esfuerzos y cuidados caseros... y con los del médico, que tuvo por fin que acudir, el molinero pudo en la primavera siguiente tomar el sol al “escudaño” de su casa, en una silla de Vitoria sentado, con el asiento mullido por dos almohadas y abrigado con mantas...

* * *

Pero el molino va decayendo, se trabaja cada vez menos; por las suaves y floridas praderas que bordean el río no llegan las carretas de ruedas macizas, arrastradas por rojos bueyes, ni las cargas de las caballerías de mal pelaje. Los aldeanos no se animan a ir al molino triste.

El molinero no les cuenta la primera guerra de Marruecos cuando fué soldado del Tercio alavés... estuvo dispuesto a batirse bravamente... pero la víspera dió la maldita casualidad que... se firmó el armisticio. La molinera no les repite sus historias. No van más que algunos fieles amigos, lo menos que pueden y el tiempo preciso; no dan ganas de beber un vaso de vino viendo aquel enfermo de per-

lesía que apenas puede tartamudear unas palabras y que les recuerda la muerte.

* * *

Una noche de crecida, una fatal medianoche, no marchan bien las piedras; la tosca maquinaria se entorpece; la molinera y Berta se vuelven locas sin averiguar en qué consiste; no se puede moler. Apuradas, en remedio heroico, se les ocurre llevar al molinero en la silla a ver si acierta. Al pobre hombre le despiertan, le llevan, le dejan delante de las máquinas y ruedas de molino. Moviendo la candileja de alto en bajo, de izquierda a derecha, para que ilumine bien todo, están en un rato de ansiedad calladas: las sombras vacilantes aletean como aves de mal agüero por los muros y las bóvedas mientras esperan la sentencia. El bronco rumor de la riada amenazadora dramatiza la escena.

El desdichado fija la mirada allá en el fondo de la negrura donde se debaten las aguas tumultuosas con la pobre maquinaria. Después, perdida la vista en el vacío, apenas balbucea —no sé... no sé... ya no sé nada...—. Están perdidos. Se les va el pan y el abuelo se acaba.

Sacando fuerzas de flaqueza levantan al molinero en su silla; tiembla la cabeza de la molinera como la luz de la mecha agitada por el solano. Berta, los tendones que en los flacos brazos se marcan como estiradas cuerdas que van a saltar, no puede más; al pasar el puente, acongojada, llora; se enjuga aldeanamente con el revés de la mano, pero unas lágrimas resbalan por su carita, y por un hueco del suelo del puente caen a las aguas del “calce”, que vuelven al Zadorra.

* * *

¿Qué sucede aquella mañana?...

El río vibra a la luz rosada y azul, desaparecen los fondos verde oliva oscuro de los “pozos”; los nenúfares abren sus corolas amarillas y blancas más limpias, más madrugadoras que nunca; los martin pescadores cruzan y recruzan el río como zafiros con alas; los peces saltan sobre las aguas; las tencas presentan sus escamas doradas para que las arranque el sol chispas de oro; en las truchas su plata refulgente centellea; las golondrinas acarician con las remeras la “tabla” del río y con el pico parece que la besan. Las arañas y la escarcha han estado afanosas, incansables, hasta el amanecer, ten-

diendo por los sauces y alisos de las orillas y más arriba en el "piso" de las encinas y robles colgadas de finas redes de cristal y aljofar... Los ruiseñores traducen en armonías color, matices, reflejos, destellos... vida...

¿Qué sucede aquella mañana?... Las lágrimas que de los ojos verdes de Berta cayeron al "calce" van por el río... han infundido un alma en las aguas del Zadorra y la Naturaleza les rinde todos sus honores luciendo todas sus galas...

